

JORNADA DEL EDUCADOR

MÁS ALLÁ DE LOS CEROS Y LOS UNOS

Una conversación con el doctor en Ciencias más joven de la Universidad Central. Un investigador que apuesta también por la docencia.

■ Por Leslie Díaz Monserrat

■ Foto: Ramón Barreras Valdés

CUANDO escuché su nombre me traicionó el subconsciente. Enseguida lo asocié con el cantante brasileño que hizo época hace unos cuantos años ya. Entre risas, Roberto Carlos Rodríguez Hidalgo aclaró que su nombre nació de una combinación familiar; aunque no deja de reconocer que todavía guarda en su casa algunos casetes del artista.

Tiene 32 años, pero no los aparenta. Estudió Ciencias de la Computación (Cibernética) y hace poco obtuvo el título de doctor en Ciencias. Además, es un joven sencillo, simpático y buen comunicador.

«Soy un poco introvertido», se presenta. Rasgo de la personalidad que disimula muy bien con su conversación amena e inteligente.

No es de Villa Clara. Nació en Sancti Spíritus, pero desde que llegó como estudiante a la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas (UCLV), su vida cambió para siempre.

Ahora es un joven profesor e investigador. Vive en la beca universitaria y cada fin de semana recorre unos cuantos kilómetros para reunirse con sus dos niñas pequeñas.

Lo apasionan las tecnologías. En su época de alumno se integró al entonces SEPAD, un grupo que se dedicaba al mantenimiento de la primera plataforma de teleformación en Cuba, un sistema de enseñanza personalizado a distancia.

«Allí di mis primeros pasos en el mundo de la investigación. Alcancé un desarrollo como profesional que, de una manera u otra, me vinculó con la educación. Después de graduarme pasé dos años en el grupo investigativo, desde donde también atendí algunas tareas en la docencia.

«Como profesor me fue bien. Somos un departamento de profesionales jóvenes y estamos enfrascados en el empeño de convertirnos en buenos educadores. De hecho, todavía no

me considero un pedagogo con mayúsculas, me faltan muchas cosas por perfeccionar.

«La primera vez no me sentí cohibido. Empecé en la antigua Facultad de Ciencias de la Información. Allí los estudiantes estaban sedientos de conocimientos y más aún de la parte tecnológica, esfera que la juventud de estos tiempos manejan muy bien y siempre quieren aprender más. Este interés debemos aprovecharlo mejor.

«El magisterio es una profesión que no cubre las expectativas de muchos jóvenes. Otras, quizás te pueden catapultar de forma rápida y te permiten elevados ingresos. Es bastante sacrificado, pero tiene sus gratitudes. Disfrutar del interés de los estudiantes por saber más resulta una de ellas».

Roberto Carlos pronuncia cada sílaba a la perfección. Habla con mucha seriedad. Pudiera parecer un muchacho extraordinario, aspecto que niega: «Solo soy un joven como otro cualquiera», me asegura y enseguida le pregunto sobre su reciente doctorado.

«Elegí hacerme doctor en Ciencias a una edad temprana por varias razones. Dentro de un tiempo la vida se complicará más. La familia demanda su espacio. Además, este grado científico te prepara en el plano personal. Te ayuda a madurar. Ahora, que soy el doctor más joven de la Universidad, se espera mucho más de mí y no puedo defraudar.

«Sí, le dedico muchas horas a la investigación, pero también me gusta divertirme. Mi vida va más allá de los ceros y los unos del código binario. Me encanta el deporte, sobre todo el fútbol. Por supuesto, que en la pelota le voy a los gallos espirituanos, pero mejor dejamos ese tema ahí...»

«¿Que dónde me imagino dentro de 20 años? ¡Tremenda pregunta! Espero seguir investigando y estar dando clases. Solo quisiera, para ese entonces, continuar teniendo alumnos interesados y amantes de las tecnologías».



SENCILLO LAZO DE HUMANIDAD

■ Por Laura Lyanet Blanco Betancourt

■ Foto: Manuel de Feria



Para Barbara Daimary, la ayuda ofrecida por la cooperativa ha resultado fundamental para elevar su calidad de vida.

MARILÍN Miranda Sánchez tardó un buen tiempo en conocer a fondo la enfermedad de su hija Bárbara Daimary Lorenzo Miranda, ya una jovencita: el síndrome de Prader-Willi (SPW), una alteración genética poco común en Cuba y el resto del mundo, pues se registra en

uno de cada 10 000 niños y una de cada 30 000 niñas. En Villa Clara, hasta el momento existen solo cuatro casos.

La discapacidad mental, el desarrollo sexual incompleto, la baja estatura en adultos e insensibilidad a temperaturas extremas constituyen padecimientos frecuentes en estos pacientes. Pero el trastorno mayor, el más peligroso, resulta el apetito insaciable, que provoca una obesidad desde edades tan tempranas como los seis años —incluso menos—, con las correspondientes afectaciones por hipertensión arterial, diabetes mellitus tipo 2, además de problemas pulmonares y articulares.

Una paciente con estas complicaciones obliga a la familia a transformar rutinas, comportamientos, métodos de alimentación y otras actividades para las que no siempre aparecen los recursos o la disposición necesarios. Es el caso de Bárbara Daimary.

No obstante, familiares, vecinos, médicos y campesinos de la CCS Mártires de Báez, de Santa Clara, aseguran a fuerza de voluntad su bienestar, conmovidos por el preciado deseo de sentirse útiles.

SÍNTOMAS Y CUIDADOS

Una vez identificado el SPW en Bárbara Daimary, su mamá buscó información y ayuda por todas las vías posibles; estaba ante una enfermedad sumamente compleja. Solo para contrarrestar el daño de la apnea obstructiva del sueño, uno de los padecimientos característicos del SPW, el paciente debe dormir con un aparato de ventilación.

Asimismo, su incapacidad para sentir las bajas temperaturas los hace procurarse baños a cualquier hora, incluso de madrugada. «Por eso, la niña ha enfermado de neumonía en varias ocasiones, y ha recibido los cuidados intensivos en el hospital pediátrico provincial José Luis Miranda», cuenta Marilín.

Con respecto a la alimentación, la familia es en extremo celosa. Deben mantener a la chica alejada de la comida por su comportamiento obsesivo-compulsivo, que la lleva incluso a robar los productos a su alcance.

«Me gusta todo: las frutabombas, piñas, los mangos, plátanos. También, las habichuelas, los pepinos, malangas, yucas, boniatos, y mi plato favorito, el arroz amarillo con col», comenta la joven.

La carencia de un refrigerador o una nevera con cerradura dificulta la situación en casa, pues hace de la vigilia una tarea constante para los familiares. Sin embargo, jamás la descuidan. El apetito insaciable quizás resulte el principal causante de la muerte de estos pacientes, pues provoca la rotura del estómago, un evento difícil de detectar en los SPW por su insensibilidad al dolor.

MÉDICO Y COOPERATIVA

«Por la complejidad del padecimiento, mi hija requiere de

cuidados especiales físicos, alimenticios y psíquicos, para elevar su calidad de vida. Por ejemplo, ella debe someterse a una dieta de carnes blancas y rojas, viandas, frutas y vegetales frescos, leche y queso descremados, entre otras comidas de difícil adquisición, tanto por su poca presencia en los mercados como por los altos precios.

«Aunque las recomendaciones y las consultas jamás faltaron en sus 23 años de vida, la asistencia para la dieta sí presentó dificultades, dado el poco conocimiento que se tenía sobre el SPW. Pero gracias al doctor Yendry Gattorno, director del policlínico Chiqui Gómez, desde hace algún tiempo tengo los contactos con personas que me proveen la mayoría de los productos que necesita consumir mi hija», refiere Marilín Miranda.

En efecto, el médico pidió la ayuda de la CCS Mártires de Báez, de Santa Clara, para proporcionar la dieta de la jovencita y aliviar la situación económica de la familia. Esta cooperativa, perteneciente al consejo popular Rebecadero, suministra parte de sus producciones a un hogar materno de la comunidad, y, al conocer acerca de la situación de Bárbara, sus asociados ofrecieron la ayuda sin ningún tipo de objeciones.

«Todos acordamos donar una parte de las cosechas, y así lo hacemos desde hace más de un año, sin falta. Una vez por semana, le depositamos las mercancías en la placita La Pomarroza, del Caracatey, cercana a su barrio», comenta Norma Gómez Morales, presidenta de la «Mártires de Báez».

A la casa de Bárbara Daimary también llegan suministros del organopónico La Villareña, además de las atenciones que le ofrecen los vecinos, siempre pendientes de las peticiones de la enferma, según cuenta su mamá.

Y es que, más allá de los trastornos conductuales propios de su enfermedad, Bárbara Daimary resulta una persona bastante familiar. A todos recibe con una sonrisa en el rostro, y de inmediato comienza a relacionarlos por algún parentesco. Esparce por el barrio los títulos de hermanos, primos, novios, cuñados, suegros. Norma, la presidenta de la cooperativa, ya se ganó la «condición» de «tía» de esta paciente tan singular. Un vínculo sellado con ese lazo sencillo, pero fuertísimo, llamado humanidad.

Varias asociaciones internacionales no gubernamentales, como la española Fundación S. Prader Willi, organizan congresos anuales, con el objetivo de informar y apoyar a las familias que tienen pacientes con SPW. Marilín Miranda Sánchez y su hija Bárbara Daimary Lorenzo Miranda han participado en varios de estos eventos.